

Las raíces de la crisis política

En un antológico análisis, "De la España diferente a la España indiferente", Antonio García Trevijano estudia las causas que nos han llevado a la actual crisis, reflejada, entre otras, por las bochornosas circunstancias que rodean al referéndum sobre la OTAN. Con notable claridad y lógica, el autor se remonta a la opción fundamental que tomó el PSOE, con casi toda la oposición democrática, por el consenso contra la ruptura, como sistema de "recíproca disuasión" o supuesto "equilibrio de impotencia entre el Poder autoritario residual y el Poder democrático emergente".

Consolidado ese pacto, se impuso la desmovilización política, tanto por exigencia de la derecha como por interés de los nuevos dirigentes, para no encontrarse obligados por su presión a promover la ruptura. Este "desarme" ha entregado inermes a los neodirigentes políticos a los poderes fácticos, al privarles de su fuerza específica.

Me parece importante ilustrar este punto clave con dos ejemplos que han sido empleados por dirigentes del PSOE para intentar justificar su "cambiao" por falta de respaldo popular. Mújica me respondió, entre 5.000 universitarios, después del 23-F, que el pueblo español no quería la democracia, porque no fue a rescatarlos al Congreso. Lo que se calló es que antes ellos habían castrado sistemáticamente toda organización seria del pueblo; como calló la desaparición del resto de los principales dirigentes políticos del PSOE y otros partidos que la "noche triste" que tanto está pasando sobre nuestra historia; y como, incluso después, no hubo una reacción organizativa, que parecía reclamar el mero instinto de supervivencia ante la amenaza de nuevo golpe.

En fecha aún más tardía, y ante el triunfo electoral socialista (perdón, psoísta), del 28 - O, Felipe González se atrevió a comparar con las 50.000 personas que se (nos) lanzamos a la calle para festejarlo con las 500.000 que lo hicieron cuando ganó Mitterrand, para pretender justificar, por falta de movilización popular (de cuya eliminación, por su cargo, él ha sido el máximo responsable en nuestro país), su propia "necesaria" claudicación y abandono radical del programa electoral con el que salió elegido; y en el mismo sentido recuerda una y otra vez que la mitad de los votos que recibió eran sólo "prestados", cuando por otra parte él y su partido actúan con un creciente absolutismo que contradice, lógica o moralmente, esa afirmación.

La desmovilización popular, que consolidó el congreso entre los antiguos y nuevos gobernantes, eliminó, según analiza también García Trevijano, toda veleidad de democracia participativa, y nos quedamos con una democracia performativa, o representativa, en la que, ante un pueblo indiferente, que mayoritariamente "ya no desea utilizar

sus libertades para participar en la dimensión pública de su existencia", se pueden dar espectáculos como el de la OTAN, en el que, como observa también García Trevijano, el jefe del Gobierno y del principal partido opositor pueden cambiar radicalmente sus intenciones de voto ante un punto clave, sin dimitir ni que se les exija hacerlo.

El remedio a la actual situación no es fácil, porque está enraizado en la pasividad típica del pueblo español, elaborada no sólo por 40 años de dictadura, sino más de 400 años de absolutismo centralista. Los españoles, como dijo un observador exterior, esperamos la salvación de fuera de nosotros mismos, por un milagro de lo lato, ya sea la consagración del país al Sagrado Corazón o al marxismo. Una pequeña prueba de este profundo lastre que nos esclaviza la del mismo García Trevijano. En efecto: él pone como primer punto para explicar la crisis actual el que "las libertades no constituyeron al Poder Político ni al Estado. Fue el régimen de la dictadura quien, legalizándolas, constituyó las libertades", y ya vimos cómo denunciaba que la mayoría del pueblo español hoy "no desea utilizar sus libertades". Sin embargo, termina sus análisis cayendo en el tópico de que "el pueblo español, tras el sacrificio de una guerra civil y una larga dictadura, merecía algo mejor" que esta democracia sólo representativa. Lo cual equivale a decir que hemos tenido "mala suerte", que no es culpa nuestra. Pero si no somos responsables de la situación, tampoco podemos cambiarla. Recaemos en el fatalismo, resignación y docilidad tradicional ante los acontecimientos y poderes fácticos.

Por supuesto, todos deseamos algo mejor. Y mucho mejor, para el pueblo español. Pero, precisamente por ello, debemos dejarnos de paños calientes y de fáciles demagogias, que ponen fuera de nosotros mismos las responsabilidades fundamentales de nuestros males políticos. Por su misma naturaleza, la libertad no se recibe, sino que se hace a sí misma, se conquista; y el español "demócrata", en realidad, dócil, "aún gimiendo, siempre vota al Gobierno" de turno (anteayer, Franco; ayer, UCD; hoy, PSOE), sin haberse opuesto realmente y vencido a ninguno, ya que los gobiernos han caído víctimas sólo de su descomposición, orgánica en el primer caso citado, social en el segundo. En definitiva, cada pueblo tiene el Gobierno que se merece. Y mientras no tomemos conciencia clara de ello, y renunciemos a nuestra secular pasividad, disfrazada de comodidad, y a nuestra cobardía política, disimulada con críticas de café, no merecemos ni conseguiremos nada mejor de lo que hoy tenemos.

Martín SAGRERA